

Reseña

Isidoro Cheresky

El nuevo rostro de la democracia.

Primera edición, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2015. 309 p.
ISBN 978-987-719-080-9

Paula Clerici
Universidad de Buenos Aires/
CONICET/Universidad Torcuato
Di Tella

“La ciudadanía está en el centro de la escena política” (p.95). Esta idea atraviesa con fuerza de principio a fin el nuevo libro de Isidoro Cheresky en el cual, el autor propone un viaje donde los antiguos debates en torno a la libertad y la igualdad se apersonan en las expresiones más modernas de ciudadanía. Cheresky caracteriza sujetos políticos autorrepresentados en el ejercicio de la ciudadanía permanente, actuando de manera cooperativa y coordinada donde se pone en juego la interpelección constante a los actos de gobierno y un importante potencial de movilización. De esta forma, el espacio público se plantea como una relación de horizontalidad de los sujetos entre sí y en relación a sus representantes.

En el argumento de Cheresky acerca de la democracia continua puede evidenciarse una distancia de la idea schumpeteriana de entreguerras que la equiparaba al mercado donde los partidos son la oferta que compite por el liderazgo a través de elecciones y los votantes son consumidores irracionales manipulados por la propaganda. Pero se ubica muy lejos también de aquella democracia delegativa que diagnosticaba O'Donnell en la década del '90 en América Latina, en la cual los ciudadanos participaban de la política únicamente en el mo-

mento de sufragar para luego volver a recluirse en su ámbito privado. Espacio donde la televisión ocupaba el centro de todos los procesos de la política por su capacidad de orientar la opinión, la videopolítica a la que refería Sartori. Es así que ante la pérdida de credibilidad de los actores políticos, los medios pasaron a ser percibidos como poderes fácticos frente a los cuales oponerse por la misma lógica schmitteriana de concebir la política. Porque los medios exceden un rol meramente instrumental, creando cultura, reforzando simpatías por ciertas políticas y cambiando marcos de interpretación, representación y visiones de mundo.

El fin de la política de masas, las salvajes desigualdades sociales, el cambio climático, las (recurrentes) crisis (reinenciones) del capitalismo, la instantaneidad de las comunicaciones, son todos procesos que Cheresky recupera y reelabora como formadores de esta ciudadanía permanente en clave superadora a la tradicional noción que han entendido los regímenes democráticos liberales modernos. El igual ejercicio de derechos civiles, políticos y sociales para quienes habitan un territorio dado (en el caso del *ius solis* latinoamericano) o una relación de parentesco sanguíneo (*ius sanguinis* europeo), implica entender la ciudadanía bajo la clásica conceptualización de T.H. Marshall. Esta idea adolece hoy de falta de un componente relevante que Cheresky destaca, el espacio deliberativo.

El nuevo siglo revela los efectos políticos y sociales de largos años de políticas neoliberales de ajuste fiscal y ausencia de estado tanto territorial como funcionalmente, cuando se fueron visibilizando organizaciones sociales orientadas a resolver problemas específicos. Estos espacios “ganados” al estado acompañaron, asimismo, las nuevas demandas de discriminación positiva y de activación de una identidad comunitaria que rompe con la noción liberal de ciudadanía y donde se produce una síntesis de identidades. Al respecto, Cheresky argumenta que “la comunidad... (se encuentra) congregada en un espacio común deliberativo, con líneas divisorias que son cambiantes, que no delimitan dos campos antagónicos permanentes” (p. 100). Si durante el proceso de incorporación latinoamericano todas las escisiones sociales (etnia, religión, geografía) fueron subsumidas al clivaje de clase, la ciudadanía aparece en la actualidad como un reconocimiento identitario fluido.

Este nuevo “salir” a la polis es un retorno a la clásica concepción aristotélica y tan arendtiana que entiende lo político como un aspecto relacional de actuar en la pluralidad humana. La política no es intrínseca a los seres humanos sino que está entre ellos y se *es* en el espacio público y en la relación con la territorialidad de la polis. Pero la raíz en el territorio es hoy una más de las formas de activación política que Cheresky identifica con los caceroleros y los piqueteros porque el libro, asimismo, se ocupa de las manifestaciones más modernas en el ejercicio de la ciudadanía, las redes sociales y de comunicación en la “nube”.

El autor pone de manifiesto que en la construcción de lo que circula en Internet se produce un entrelazamiento entre lo público y lo privado donde prima lo fugaz, esporádico y lo autónomo, aunque no por ello menos efectivo en su capacidad de movilización y generación de opinión pública. En este sentido, el ciberasambleísmo de esta ciudadanía continua puede articularse tanto con la vía territorial, como son las experiencias de los indignados españoles, el movimiento Occupy Wall Street y la primavera árabe, como con la vía institucional, y se dan los ejemplos de la elaboración participativa de la constitución de Islandia y el Movimiento Cinco Stelle (M5S). Podríamos mencionar también el Partido de la Red en la Ciudad de Buenos Aires, partido político cuya plataforma política y decisiones son consultadas a la ciudadanía digitalmente y de manera abierta.

Quizás una mirada excesivamente crítica del autor sobre los partidos y su capacidad de articular demandas de la comunidad, deja un espacio vacío al momento de caracterizar a la ciudadanía actual. Los partidos siguen creando un universo conceptual que orienta a los ciudadanos. Este hecho -no menor- genera que estas distintas formas de ejercicio ciudadano actual que rescata Cheresky, deban pasar primero a la arena partidaria para poder participar directamente del *policy making*. Desde una mirada racionalista, los partidos sobreviven, además, porque siguen distribuyendo más y mejor que otras formas institucionales alternativas.

El libro se estructura en ocho capítulos agrupados en tres partes. Una primera que retoma los debates fundamentales sobre los que se apoya la democracia como son la libertad y la igualdad, además de detenerse en las instituciones representativas fundamentales y su articulación con la ciudadanía. Una segunda parte que reflexiona acerca de los ámbitos de representación y el espacio público en un mundo globalizado como el actual. Por último, una tercera parte en torno a sujetos políticos como audiencia activa tanto en relación con el territorio como ante la ausencia de él en una relación de ida y vuelta. A lo largo de los capítulos, el viaje propuesto por Cheresky va llevando a los lectores a un intercambio entre teóricos clásicos, contemporáneos y geografías diversas con referencias a procesos sociales y políticos del siglo XX para dar cuenta de la ciudadanía continua del siglo XXI, una ciudadanía que parece algunas veces herencia cristalizada de todo aquello y otras, una configuración tan volátil como la misma “nube”.